

# Cuando triunfe la Revolución, etcétera...

Medio siglo de *Los relámpagos de agosto*

Nora de la Cruz



ES INJUSTA LA DESCONFIANZA con la que se mira a los críticos. La crítica es, después de todo, un ejercicio de la fe: quien la realiza cree que es comprendido por aquellos a quienes apela y, más todavía, que aquello que critica puede cambiar. Esto viene a cuento porque a Jorge Ibargüengoitia se le etiqueta siempre como un crítico feroz, desmitificador de la historia, agudo observador de la idiosincrasia nacional y desmembrador del discurso oficial, pero —por encima de todo— como un escritor de prosa ligera y accesible, con un notable sentido del humor y absolutamente *fascinado* por México y su historia. Todos estos rasgos, originados en su dramaturgia y continuados en toda su producción, se encuentran ya en *Los relámpagos de agosto*, su primera novela, con la cual inicia no sólo su etapa de narrador, sino también el ciclo de obras que él denomina “de tendencia pública”, porque sus “sucesos [...] son reales y conocidos, los personajes son imaginarios”<sup>1</sup> (lo que actualmente llamaríamos ficción histórica). Sin embargo, aunque este juicio crítico sobre la obra del autor sea prácticamente unánime, vale la pena revisarlo a medio siglo del hito que representó esta publicación en la literatura mexicana moderna.

Se considera que Ibargüengoitia es divertido, ligero y legible; esto se debe, en gran medida, a la velocidad que adquiere el relato conformado por acciones constantes y pocos segmentos descriptivos o explicativos, a lo cual contribuye la agilidad de los diálogos debida seguramente a la experiencia del autor como dramaturgo. La novela relata el conflicto armado entre revolucionarios —ya en ese entonces militares retirados— con el fin de hacerse con el poder tras la muerte del presidente, desde la perspectiva de uno de ellos: José Guadalupe Arroyo. Los sucesos que componen la trama son simultáneamente absurdos y terribles —fusilamientos ordenados arbitrariamente, abusos de poder y corruptelas, todo realizado con absurda solemnidad y con franca torpeza—; la trama está construida, pues, por disparates en tono de farsa o incluso de *slapstick*, como cuando Arroyo empuja a Pérez H. a una fosa recién cavada, no por rivalidades políticas o diferencias ideológicas, sino por creer que le había robado un reloj. En este punto podría decirse que el absurdo se consigue de la extrapolación de los vicios de los personajes, sin embargo, en las novelas históricas de Ibargüengoitia —y en su obra en general— diríamos que este recurso es más bien el resultado de mostrarnos a los mexicanos tal como somos.<sup>2</sup> Esta intención estética estaba signada ya en las indicaciones escénicas con las que se inicia *El atentado* (antecedente directo de *Los relámpagos...*): “Esta obra es una farsa documental, mientras más fantasía se le ponga, peor dará. Advertencia: si alguna semejanza hay entre esta obra y algún hecho de nuestra historia, no se trata de un accidente, sino de una vergüenza nacional”.

<sup>1</sup> Jorge Ibargüengoitia, *Instrucciones para vivir en México*, México, Planeta, 2007, p. 14.

<sup>2</sup> Un parentesco interesante aunque aleatorio: en *Los relámpagos...* quienes no consiguen concretar sus chapuzas mueren por su propia imbecilidad o mala suerte —los menos— o bien, desertan o escapan, como Ubú, el célebre personaje creado por Alfred Jarry.

El otro recurso en el que se sustenta el humor en Ibargüengoitia, además del absurdo, es la ironía, que funciona para mostrar las contradicciones de los ideales y los próceres que son, en el discurso oficial, unívocos<sup>3</sup>. Esa ironía contribuye a la impresión de *desmitificador* de la historia que el autor genera entre los críticos y lectores. Tanto en *Los relámpagos...*, como en *Los pasos de López*, Ibargüengoitia se enfoca en hechos poco conocidos de la historia nacional —algunos referidos por la tradición oral— y aporta una nueva interpretación que no por graciosa deja de ser aguda. Diríamos que en el mismo recurso en el que se sustenta su ligereza radica también su ferocidad: los personajes son caracterizados por sus acciones —casi todas despreciables— que aparecen desprovistas de las dos cosas de las que el discurso oficial más ha abusado históricamente: la solemnidad y las excusas. Por ello, en cuanto alguno de los personajes intenta elaborar una perorata cuyo contenido es, por manido, predecible, el narrador la interrumpe y sintetiza en un trivial *etcétera*.<sup>4</sup> Así se ridiculiza la grandilocuencia de los ideales revolucionarios que, al institucionalizarse, se diluyeron hasta convertirse en una mera justificación para las luchas entre facciones políticas. Además, el uso de este recurso es una marca significativa de la perspectiva que tiene Ibargüengoitia sobre el discurso oficial, que suele ser vacío e incongruente con las acciones de quienes lo profieren.

En este punto es claro que uno de los temas que más interesaron al autor fue el de la mexicanidad, abordado desde una perspectiva humorística pero poco complaciente. Podría decirse que no se ocupó de otra cosa en su producción que no fuera de hablar de sus compatriotas, de su país y de las causas que nos han conducido al fracaso. La idea que desarrolla en su teatro, su narrativa y su periodismo podría resumirse en la afirmación que hace en su “examen de conciencia patriótica”: el principal defecto de México es estar poblado por mexicanos<sup>5</sup>. *Los relámpagos de agosto* es la primera inmersión narrativa, tristemente vigente, en esta catástrofe que todavía es la vida nacional de un autor cuyo humor no era un efecto, sino una forma de ver la realidad. Él mismo es categórico al respecto: “quien creyó que todo lo que dije fue en serio, es un cándido, y quien creyó que todo fue en broma es un imbécil”.<sup>6</sup> ▲▲

<sup>3</sup> El autor señala que *El Atentado* fue escrita en 1962 y no se montó sino hasta 1975 porque las autoridades consideraban que trataba con poco respeto a una figura histórica. “Jorge Ibargüengoitia dice de sí mismo”, en *Instrucciones...*, 12.

<sup>4</sup> Con este recurso se eliden también los lugares comunes del discurso histórico y político en los artículos de Ibargüengoitia.

<sup>5</sup> Ibargüengoitia, *Ibid...*, 61.

<sup>6</sup> Ibargüengoitia, *apud*. Vicente Leñero, *Los pasos de Jorge*, México, Joaquín Mortiz, 1989, p. 110.

